



TERCER ENCUENTRO

"Testigos de un encuentro"

OBJETIVO

**Acercarse vitalmente al Padre Fundador,
a través de testimonios
de personas que lo conocieron.**

PROGRAMA

- Oración Inicial
- Dinámica de intercambio
- Explicación y motivación del objetivo de este encuentro
- Testimonios sobre el Padre Kentenich (video o con personas que lo conocieron)
- Dinámica de foto-lenguaje
- Tarea hasta el próximo encuentro
- Oración Final y compromiso

PAUTA PARA EL GUIA

1. Oración inicial *(ver esquema pág. 5º)*

Opcional 1 Carta de San Juan Anexo 4

2. Introducción: Dinámica de intercambio grupal

Dividir a las personas que participan, en 3 grupos, para facilitar el intercambio sobre lo leído y reflexionado. Recordar las preguntas:

- De la reseña histórica de la vida del Padre Fundador, ¿qué conocía? ¿qué fue nuevo para mí?
- ¿Qué me llamó la atención de las palabras del Padre Kentenich, sobre su relación con la Familia de Schoenstatt?

3. Explicación y motivación del objetivo de este encuentro:

- En la medida que conocemos más al Padre Fundador, vamos experimentando su cercanía y se va despertando en nosotros el anhelo de hacer nuestra sus actitudes, de apropiarnos de su mundo interior.
- Dios nos regala al P. Fundador como un ejemplo vivo, es él quien encarna Schoenstatt en su plenitud. El mismo decía: "Schoenstatt es la prolongación de mi yo".
- Por eso para saber qué nos pide Dios a cada uno de nosotros que hemos sido llamados a Schoenstatt, tenemos que mirarlo a él.
- No se trata de "**copiar**" su forma de ser, sino de hacer nuestras sus actitudes de acuerdo a nuestra propia originalidad, de acuerdo también a nuestras circunstancias y misión personal.
- Podemos atesorar las siguientes actitudes del P. Fundador y pedirle: (leer calmadamente la siguiente oración) "Enséñanos a caminar por la vida con:
 - **Tu amor a María**
tu fe práctica y sencilla en la Divina Providencia
tu audacia en la fe
tu arraigo en Dios

tu confianza filial

- **Tu amor a la familia**

tu actitud de servicio paternal

tu respeto

tu fidelidad

tu conducción educadora

tu amor a la verdad

tu amor a la libertad

- **Tu amor a la Iglesia**

tu disponibilidad como instrumento en manos de María

tu incansable espíritu de conquista apostólica

tu mirada profética.

- Cada una de estas actitudes, o bien otras, que vayamos descubriendo en la vida del Padre, con las cuales hemos empatizado, merecen ser abordadas y trabajadas como un hilo conductor de nuestra fe.

4. Testimonios sobre el Padre.

Puede hacerse a través de algunos de los videos o DVD que existen o invitando a alguna de las personas que lo conocieron personalmente.

(vídeo: P. José Kentenich testimonios)

Al escuchar el testimonio, es importante tener presente las siguientes preguntas:

1. ¿Con qué actitud del Padre Fundador me identifico o me siento atraído?

2. ¿Cuál es ese rasgo del Padre Fundador, a través del cual Dios me invita a penetrar su mundo y su persona?

3. ¿Por dónde quisiera yo comenzar a trabajar?

5. Dinámica de foto-lenguaje

- a. Poner muchas fotos del Padre Fundador sobre una mesa despejada, alrededor de la cual, las personas que participan en el taller, puedan circular libremente.

- b. Contemplarlas en silencio y cada uno escoge aquella con la que más se identifica, o la que más le atraiga espontáneamente.

- c. Meditar unos minutos en silencio:
 - ¿Por qué escogí esta foto, que es lo que me gusta de ella?

 - ¿Qué rasgos del Padre aparecen aquí que me atraen y mueven interiormente?

 - ¿Me dice algo de mi mismo esta fotografía, en qué me parezco al Padre?

 - ¿En qué me gustaría asemejarme a él?

- d. Cada uno contesta las siguientes preguntas por escrito.
(Ver anexo 1).

- e. Compartir con el grupo lo reflexionado y escrito.

6. **Tarea hasta el próximo encuentro**

- a)** Cada matrimonio elige una biografía del Padre Fundador para comenzar a leer. Por ejemplo:
- “La historia del Padre Kentenich”, Padre Hernán Alessandri y Padre Juan Pablo Catoggio, Ed. Patris.
 - “Profeta de María”, Padre Esteban Uriburu
- b)** Leer el testimonio de Jesús Pagán: “Siento continuamente su presencia en mi vida” (*Ver Anexo 2*)
- c)** Leer como preparación para el próximo encuentro, textos sobre la Fe Práctica en la Divina Providencia. (*Ver anexo 3*)

7. **Oración Final** (*ver esquema pág. 7*)

En la oración final dejar un momento de silencio para que cada uno pueda concretar lo reflexionado en el encuentro:

¿Qué actitud del Padre Kentenich quiere conquistar?

y ¿Cómo se propone hacerlo?

ANEXO 1

Pauta para compartir después de la dinámica de foto-lenguaje

1. ¿Por qué elegí esta foto? _____

2. ¿Qué característica propia del Padre descubro en ella? _____

3. ¿En qué me gustaría asemejarme a él? _____

4. ¿Qué otros rasgos del Padre me llamaron la atención en el video?

ANEXO 2

... Siento continuamente su presencia en mi vida

**Testimonio de Jesús María Pagan
Puerto Rico**

Conocí personalmente al Padre José Kentenich, Fundador de la Familia de Schoenstatt, en Milwaukee, Wisconsin. Nuestro primer encuentro fue una fresca mañana de otoño. Ocurrió frente a un hermoso Santuario de la Madre y Reina Tres Veces Admirable de Schoenstatt, ubicado en un parque cerca de la casa donde el Padre vivió 14 años de exilio en los Estados Unidos de América.

Había oído hablar mucho de él al Padre Juan Sartor, que fue quien nos introdujo, a mi esposa y a mí, en la historia y espiritualidad de Schoenstatt. Esperaba encontrar en la persona del Padre Kentenich un sacerdote santo y sabio, marcado por el dolor y llevando en su persona las huellas del sufrimiento, pero jamás pensé que su persona y su mensaje fueran determinantes en mi vida.

cuando pudimos dialogar con él unos minutos antes de la Santa Misa, que celebraría en la Iglesia de San Miguel (en la ciudad de Milwaukee) nos impresionó profundamente su figura profética y paternal, de hombre de Dios, arraigado en el más allá,

Durante la Misa me pregunté varias veces: ¿Es grande el Padre o lo hacemos grande sus hijos? Esa pregunta encontró respuesta en los días y años por venir.

En esa ocasión estuvimos varios días de visita en Milwaukee. Tanto mi esposa como yo, hablamos largamente con el Padre, y en varias ocasiones ambos juntos con él. Cada encuentro con él fue revelador.

Lo que más me impresionó durante esa primera visita fue, que siendo un hombre de Dios, arraigado en el mundo sobrenatural, nada humano le era extraño y se mantenía abierto a todo lo que fuera manifestación de la vida.

Durante mis años de estudiante estuve íntimamente ligado a movimientos estudiantiles en la Universidad de Puerto Rico y como todo joven de América Latina, ardía dentro de todo mi ser un ansia de renovación, transformación y redención de este continente, continuamente conmovido por luchas, por hambre, por revolución y guerra. Conté al Padre todas mis aventuras e inquietudes en este aspecto y todo lo comprendió de una manera extraordinaria. Nada le extrañó y hoy comprendo que su personalidad de educador carismático era algo que rebasaba los límites. Él me orientó sabiamente, sin matar en mi persona ninguna de aquellas inquietudes, aquel amor por América Latina, y sobre todo aquel deseo por la aventura y el riesgo en busca de la solución a los problemas de nuestros pueblos.

Mi gran admiración por el Padre encontró su punto culminante cuando le dijimos que queríamos consagrarnos a la Mater y su obra, y él personalmente nos entregó una Cruz de misioneros en el Santuario nombrándonos misioneros para América Latina. No podía comprender su "excesiva confianza" en alguien a quien apenas conocía y que no sabía a ciencia cierta qué frutos podría dar. Esa primera visita al Padre determinó para siempre el rumbo de nuestras vidas.

Salimos de Milwaukee seguros de haber encontrado un rumbo definitivo y definido para nuestras vidas y dispuestos a volver a visitar al Padre. Habíamos encontrado en la persona del Padre Kentenich no sólo lo que esperábamos sino, más importante aún, lo que aspirábamos para nosotros mismos.

Volvimos a Milwaukee unos meses después para establecer allí nuestra residencia y estar cerca del Fundador de la Familia, aprovechándonos de su persona, su espíritu, su mensaje y sobre todo para beber de la riqueza de su corazón en la misma fuente. Esta gracia, la de haber podido estar cerca de él, haber vivido a su lado, oído sus charlas, seguido sus huellas y servirle continuamente, no se puede expresar en palabras. La única manera de expresar la gratitud sería consumiendo la vida por su obra. Estuvimos varios años a su lado. Lo observamos en su incansable trabajo de día y de noche. Fuimos testigos de su paternidad sin límites, clara transparencia de la paternidad de Dios. Le vimos sufrir sin desmayar y sobre todo fuimos testigos de su fe extraordinaria en el poder y la bondad de Dios y de la Madre y Reina Tres Veces Admirable de Schoenstatt.

En muchos de sus momentos "oscuros", cuando la barca de la Familia parecía perecer y los que estábamos a su alrededor nos atemorizábamos, el Padre se nos mostró como un héroe de fe práctica.

El sabía y transmitía continuamente la seguridad de que la obra de la Madre y Reina no perecería. El fue un hombre que creyó y esperó muchas veces contra toda esperanza.

Le vimos partir de Milwaukee rumbo a Roma. Vivimos espiritualmente con él los días difíciles de 1965 en la Ciudad Eterna y luego nos regocijamos de su victoria y de la realización del Milagro de la Nochebuena.

En 1967 pude visitarle por última vez en Schoenstatt y estar varios días con él. Le ayudé en la Santa Misa en el Santuario del Monte Schoenstatt y le visité frecuentemente durante esos días, en las diferentes casas donde residía debido a sus compromisos con los Institutos por él fundados. Cada encuentro con el Padre Kentenich fue revelador y sobre todo una irrupción de lo divino en mi vida.

Hoy, después de su partida al Schoenstatt eterno, siento continuamente su presencia en mi vida, como padre de familia y como apóstol seglar comprometido con la Iglesia y con la historia de nuestro Continente. Estoy seguro de que el Padre desde el cielo continuamente me inspira y me orienta en mis aventuras por el Reino mariano de Cristo en la tierra. Sigo creyendo en los mismos cambios y transformaciones necesarios para América, que creía cuando entré en la Familia de Schoenstatt, pero los busco con el Padre por caminos muy diferentes. Estoy seguro de que, lo mismo que yo, muchos otros jóvenes encontrarán la respuesta a las inquietudes de su vida en la persona y el mensaje del Padre Kentenich y la MTA. Sobre todo, con el Padre Kentenich "creo firmemente que nunca perecerá quien permanezca fiel a la Alianza de Amor".

**Del testimonio de Jesús Pagán:
¿Qué fue lo que me llamó la atención?**

ANEXO 3

Alianza de Amor y Fe Práctica en la Divina Providencia

Este texto muestra la relación de la fe práctica en la Divina Providencia con la Alianza de Amor.

Una de las características más propias de la vida y del pensamiento del P. Kentenich es su fe práctica en la Divina Providencia. Su vivencia de la fe está marcada en todo por ella. Para él, fe práctica y alianza de amor están íntimamente relacionadas, de tal modo que constituyen un solo proceso vital.

¿Qué entendemos en Schoenstatt por la fe práctica en la Divina Providencia?

La fe es nuestra abertura a Dios y adhesión personal a Cristo. No es simplemente la adhesión intelectual al conjunto de verdades. Detrás de la verdad hay una realidad y, en el caso de la fe, la realidad del Dios vivo.

Esta fe, junto con tener por objeto al Dios vivo y personal, nos lleva a comportarnos de acuerdo a lo que creemos. Si por la fe reconozco a Dios como Padre –y por lo tanto a mi mismo como su hijo, y a los demás como hermanos- entonces, de esa fe tiene que brotar un comportamiento coherente. Mis obras tendrían que dar testimonio de que realmente creo en Dios: por eso hablamos de una 'fe práctica'. Vivir la fe significa, entonces tener una imagen y **una relación personal respecto de Dios** y traducir en obras mi adhesión a él.

El P. Kentenich nos legó en su vivencia de la fe, una 'especialidad' suya: la convicción de que ese Dios en el cual creemos es un Dios de amor, que está en alianza con nosotros, que nos ama y conduce con amor hasta en los detalles más mínimos de nuestra vida. El Dios vivo está actuando, interviene en el mundo y en mi vida concreta. Es un Dios que me habló en Cristo Jesús y que lo sigue haciendo ahora, en este momento.

Vivir en alianza.

Cuando sellamos una alianza con Dios, nos 'asociamos' a ese Dios vivo, al Dios Providencia de amor, al Dios presente y actuante, que tiene un plan de amor conmigo, que me busca y requiere, a quien puedo dar mi sí o puedo negárselo.

Que exista el mal en el mundo, que haya odio y división, miseria e injusticia no es una prueba contra la Divina Providencia, sino que es la muestra, el resultado del hecho que nosotros nos hemos apartado de Dios, que nos hemos 'disociado', que hemos roto la alianza. Y con eso hemos dado lugar al desorden, al egoísmo y al mal en todas sus formas, tanto en nosotros mismos como en la sociedad.

Vivir en alianza significa atarse y vincularse con todo el corazón al Dios de la alianza, al Dios que nos ama y conduce en su Providencia Divina, que nos muestra el camino y nos apoya para que no desfallezcamos en nuestro peregrinar.

Vivir en alianza es buscar la voluntad del Dios vivo, es estar preguntándose constantemente qué quiere el Señor de mí, cuál es la voluntad del Padre.

Dios nos habla de múltiples maneras y sólo debemos estar atentos en la oración para escucharlo. Allí nos manifiesta lo que desea y espera de nosotros. Es entonces cuando debemos lanzarnos a la acción, poner en práctica su voluntad y arriesgarnos por sus caminos.

Si mi interpretación de su deseo ha sido errada, eso me lo dirán los frutos, la 'resultante creadora'. Es decir, el resultado en paz, alegría, plenitud de vida sobrenatural y de amor fraterno. Si estos 'frutos del Espíritu' no se dan, ello es signo que debo continuar rezando y buscando la senda, la verdadera puerta abierta, lo que el Señor y María quieren de mí.

Vivir la fe hoy: un desafío

La manera tradicional de vivir la fe sufre hoy una honda crisis. Una vida de fe reducida a costumbres religiosas o a la observancia de ciertos ritos o devociones, una fe de ideas o de meras normas éticas, no resiste la prueba del tiempo actual. La vida nos golpea demasiado fuerte como para que ese estilo de fe sea capaz de mantenerse en pie en medio del

cúmulo de problemas, de cuestionamientos e incertidumbres de nuestro tiempo.

El Señor de la historia parece dormir mientras la barca se bambolea, azotada por las olas y la tormenta. Somos zarandeados de un lado a otro, en medio de ese agitado mar. En este mundo lleno de violencia y antagonismos, incierto y amenazante, tenemos que hacernos un lugar y caminar hacia el futuro.

En este contexto vive y predica el P. Kentenich el mensaje de la fe práctica en la Divina Providencia. El P. Kentenich fue un hombre de nuestro tiempo. Sufrió fuertemente los embates de nuestra época. A él quiso Dios regalarle un carisma, un mensaje liberador para el hombre actual. En él quiso mostrarnos una nueva modalidad de vivir según la fe: la fe práctica en la Divina Providencia.

Una fe probada

El P. Kentenich anuncia el mensaje de la fe práctica en la Divina Providencia no en forma teórica, sino como alguien que ha sufrido profundamente los embates del tiempo. Su mensaje está avalado por una experiencia vital: la vida no le fue fácil. Nos habla de la fe práctica en la Divina Providencia alguien que desde su infancia estuvo rodeado de inseguridades humanas y que experimentó fuertes contradicciones y conflictos.

El mensaje de la fe práctica en la Divina Providencia que proclama el P. Kentenich, quiere dar respuesta a lo que podríamos calificar como el gran problema y desafío para el cristianismo actual: lograr una síntesis vital de la fe y de la realidad concreta en la que se desenvuelve la persona.

El drama de nuestro tiempo: la separación de fe y vida

El hombre moderno es el hombre de las especializaciones. Sabe cada vez más acerca de menos (del átomo, del estómago, del caracol, etc.), y menos acerca del conjunto. Divide la realidad y su propia vida en pequeñas parcelas aisladas. Y, por eso, Dios se le aleja y escapa. Primeramente, porque el encuentro con él –es el que da sentido a las cosas- sólo resulta a partir de una mirada de conjunto: a la realidad, a la historia, a nuestra vida. En segundo lugar, porque aquel que lo llena todo y en quien ‘nos movemos, existimos y somos’ (Hech 17,28), no se

deja encasillar en parcelas. Sin embargo, es eso lo que intentan hacer hoy día muchos cristianos: reducir a Dios a la parcela de lo 'religioso'.

A menudo encontramos gente así, con su vida separada –de modo mecánico- en sectores claramente diferenciados: el ámbito de la familia, el del trabajo, el de las diversiones, el de la religión. En cada uno se comportan de manera diferente, usan otro lenguaje y otra moral. Emplean palabras muy distintas ante la esposa y entre los amigos. Pueden ser fraternales y sonrientes con todos en la misa del domingo, pero amargos e implacables durante la semana frente a los subordinados o los competidores. Dios no puede influir en sus vidas, porque lo han aislado en la parcela de 'lo religioso', integrada por un conjunto de verdades y normas éticas que dicen creer: que hay Dios, que Jesucristo es su Hijo, que el hombre posee alma inmortal, que su dignidad es inviolable, que la familia y la propiedad privada son base de la sociedad, o que se debe luchar por la justicia social, y aceptan ciertos ritos que periódicamente practican para recordar y honrar a Dios (peregrinaciones, bautizo y primera comunión de los hijos, Misa dominical).

Qué nos enseña el Padre Fundador

Toda la enseñanza y la praxis del P. Kentenich están orientadas precisamente a superar esta lamentable separación entre fe y vida, desarrollando y fomentando una auténtica espiritualidad laical o santidad de la vida diaria. Esa santidad se caracteriza justamente por lograr, en todas las situaciones de nuestra vida, la armonía querida por Dios de la relación con él, con las cosas, con el trabajo y con los hombres.

El tipo de hombre cristiano que Schoenstatt quiere regalar al mundo es aquél que se deja guiar en todo por la voluntad del Padre. Queremos tomar en serio la petición del Padrenuestro: "Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo".

Así entiende el P. Kentenich la santidad: **un estar abierto, de modo total al plan del Padre Dios**, y procurar realizarlo en nuestra vida, hasta en sus más mínimos detalles. Según su concepción, la santidad consiste en la delicadeza de oído que nos permite percibir la voz del Señor y en la disposición de entrega total y dócil a su querer. Tenemos que estar 'con el oído en el corazón de Dios y la mano en el pulso del tiempo'. Su pasión fue encontrar a Dios en medio de las circunstancias de la vida diaria: no sólo en las grandes cosas sino también en las más pequeñas. Una y otra vez repetía que el junto 'vive de la fe', no sólo

'según la fe': su existencia misma está sumergida, por así decirlo, en la fe.

Por su manera de concebir la fe práctica, como lo decíamos más arriba, el P. Kentenich abre el camino a una espiritualidad típicamente laical o secular. **Tradicionalmente, la espiritualidad cristiana nos llamaba a apartarnos del mundo para encontrar a Dios.** Ese tipo de espiritualidad encontró su forma clásica en la espiritualidad conventual. El Evangelio se entendía, sobre todo, como un llamado a separarse del mundo, para encontrar a Dios. Durante toda la Edad Media, hasta prácticamente el siglo XX, el cristiano tuvo como paradigma el ideal del monje: para ser santo, para llegar a la cumbre de la entrega total a Dios, a una vida de santidad heroica, había que dejar el mundo, apartándose de las cosas de esta tierra: dejar la familia y las preocupaciones temporales, recluirse en el convento, para allí, en una vida de oración y de penitencia, encontrarse con Dios y, desde allí, santificar el mundo. El P. Kentenich proclama una acentuación distinta en el modo de vivir el Evangelio. **Más que la separación del mundo, acentúa la tarea de encontrar a Dios justamente en medio del día de trabajo:** Debo encontrar a Dios precisamente en mi ocupación, en mi casa, en mi familia, en mis negocios, en mi oficina. Y si no logramos encontrarlo ahí, entonces los que estamos llamados a vivir en medio del mundo, difícilmente lograremos encontrar a Dios.

El P. Kentenich escribe en una ocasión:

"El cristianismo siempre debe buscar poner en contacto lo creado con lo increado. Por eso Schoenstatt, desde el inicio, nunca se quedó sólo con Dios, sino que buscó poner en primer plano al Dios de la vida. Queríamos buscar, encontrar y amar a Dios en todas las cosas y en todas las personas, no sólo en sí mismo, sino como él llega hasta nosotros, tal como él quiere captarnos, tal como él nos encuentra a través de todo lo creado. Si podemos realizar esto en la vida cotidiana, entonces hemos logrado dar una solución peculiar al gran problema de nuestro tiempo. Schoenstatt nunca se ha apartado de este camino. Ha desarrollado hasta en los detalles la concepción de la santidad del día de trabajo. De este modo, logra inducir al hombre moderno a mantener en todas las circunstancias un contacto con el Dios vivo. El santo de la vida diaria no sólo quiere unirse a Dios en el plano de las ideas o en la Iglesia, sino que quiere unirse con la persona del Dios vivo, en forma entrañable e indestructible, en medio de la vida cotidiana".

Nuestra realidad actual

Hoy estamos viviendo una apostasía general de Dios: nos hemos acostumbrado a vivir, a trabajar y a ejercer la vida sexual sin él, a planificar y experimentar en las ciencias sin él, a desplegar tácticas y estrategias políticas, y a indagar en la vida profunda, también sin él.

Es esto lo que debe cambiar radicalmente. Si revisamos el elenco de santos de la Iglesia, encontraremos muchos ermitaños, monjes y monjas, vírgenes, mártires y confesores, etc., pero nos será mucho más difícil encontrar matrimonios canonizados, o un oficinista, un Presidente de la República, un político, o una enfermera que hayan sido reconocidos como santos.

No basta sólo con señalar la necesidad de unir fe y cultura. No es suficiente plantear al cristiano la tarea de construir un orden social, político y económico según los postulados del Evangelio o de la doctrina social de la Iglesia. Todo eso, a la larga, sólo será posible si el laico logra cultivar una espiritualidad que le permita establecer el diálogo con el Dios de la vida.

Necesitamos contemplativos de la vida diaria. No sólo hombres que unan y sepan alternar armónicamente contemplación y acción, sino hombres que aprendan a contemplar a Dios en la acción y que aprendan a trabajar y actuar con el Dios de la vida.

Es una nueva síntesis vital la que buscamos, un nuevo tipo de espiritualidad. Queremos aprender a auscultar y detectar la realidad hasta encontrar en ella la voluntad de Dios. ¿Qué quiere Dios de mí ahora? ¿Tomo este trabajo o lo dejo? ¿Acepto esta propuesta? ¿Pololeo o no pololeo con esta niña? ¿Qué quiere Dios de mí? ¿Me quedo descansando en casa hoy en la tarde o parto a ver a un amigo? ¿Qué quiere Dios de mí? Y si Dios quiere esto, entonces, me pongo de lleno a realizarlo, porque **lo único que busco es cumplir la voluntad del Padre. Dios de estar en todo lo mío.**

¿Qué es entonces la fe práctica en la Divina Providencia?

La fe práctica es esa actitud que nos hace **girar apasionadamente en torno a ese Dios de la vida.** Es la **búsqueda apasionada del plan de Dios y la voluntad de realizar ese plan hasta en sus más mínimos detalles.** Es esa actitud que nos hace hombres del más allá,

pero que tienen los pies bien puestos en el más acá; que poseen en la fe una visión amplia, profunda y nueva de la realidad, pues la contemplan desde el punto de vista de Dios. Son hombres clarividentes y dotados de una gran capacidad de riesgo, pues saben que a su lado está el Padre Dios. Los hombres de la fe práctica son hombres arriesgados. Son hombres victoriosos, porque luchan junto al Cristo victorioso y Señor de la historia y, por eso, ellos mismos están animados por un profundo sentimiento de victoriosidad.

Para el P. Kentenich, la fe práctica nunca fue motivo para justificar una actitud 'pasivista'; al contrario, la fe práctica fue para él una 'fuerza propulsora', es decir, un constante impulso a la lucha, al riesgo y al compromiso. **La persona que vive según la fe práctica es creadora de historia; forja la historia de la mano de Dios. Con él construye, aquí en la tierra, su Reino de la verdad, del amor, la justicia y la santidad.**

"Esta es la fe –explica el P. Kentenich en 1967, un año antes de su muerte- que ha conducido a Schoenstatt tan victoriosamente a través de todos los años pasados; es la fe que nos fue dada como regalo gratuito de Dios; es la fe que hizo interiormente libre a todo el hombre –al corazón, al afecto y a la voluntad- de esa acuciante angustia; es la fe, la fe victoriosa, una fe que vence más y más lo puramente humano; ésta es la fe, **la fe práctica que estoy convencido que nuestra querida Madre, desde el Santuario, nos impetra y constantemente nos implora y seguirá implorando como nuestro carisma**".

Anexo 4

1 Juan 1, 2-3

"Pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó, lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo."

Oración introductoria

Señor, tu nos has regalado testigos creíbles que nos narran lo que ellos escucharon, vieron, oyeron y vivenciaron en su encuentro personal con el P. José Kentenich. Danos tu Espíritu para que podamos descubrir lo que ellos nos quieren transmitir. Que sepamos acoger ese carisma que Tu nos regalaste a través de su vida.

Meditación

Estamos llamados a ser testigos de Cristo en este mundo, ante todos los hombres. Y este testimonio debe realizarse no tanto en muchas palabras, sino sobre todo en nuestras acciones y obras. Porque el mundo moderno quiere que las palabras se traduzcan en hechos; los principios, en efectos; la fe y la caridad, en obras. ¿Cómo podemos dar testimonio de Cristo en medio de los hombres?

El signo característico del cristiano auténtico es el amor, el amor a Dios y el amor a los hermanos. Es la única prueba convincente de que Él sigue vivo: que nuestra comunidad cristiana, nuestras familias, cada uno de nosotros vivamos con tanto amor y entrega servicial, que los demás sientan ganas de unirse a nosotros. Que ellos sólo puedan explicarse nuestra entrega cristiana, admitiendo que Cristo se ha hecho vivo de nuevo en nosotros. ¡No separemos pues el amor a Dios del amor a los hermanos!

Esto fue lo característico en la vida de nuestro Fundador. Su principal motivo fue amar. Amar a Dios Padre hasta encarnarlo y ser padre para muchos. Amar a Dios Hijo y entregarse en la cruz por todos los que les habían sido confiados. Amar en la fuerza del Espíritu Santo,

convirtiéndose en profeta capaz de anunciar lo que Dios quería decir a la Iglesia de su tiempo. Amar a la Santísima Virgen y no descansar hasta que todos los que se encontraban con él se consagraban a Ella. Amó a la Santa Iglesia y no le importó dar su vida por Ella.

Todos

Señor, queremos amar así como nuestro Fundador amó. Así como las personas que se encontraron con él, anhelamos que nuestra vida sea transformada por su presencia, por sus palabras, por sus obras. Ellos recibieron una nueva forma de ver las cosas, envía tu Espíritu y que Él abra nuestros corazones a la fuerza de su amor.

¡Ven Espíritu Santo! Que cada uno de estos encuentros sea un encuentro personal con nuestro Fundador de forma que descubramos su forma de vivir, de enfrentar la vida, con sus alegrías, problemas, desafíos, inquietudes y dolores, de forma que la vida divina que a él le dio tanta sabiduría, fuerza y amor se prolongue en la nuestra. ¡Ven Espíritu Santo, ven! En tu fuerza de amor, haznos ser un cálido sol para el mundo, como lo fue el Padre Kentenich Amén.